

Santa Cecilia, virgen y mártir (22 de noviembre)

Información básica

El Martirologio Romano, con su sobriedad habitual, recoge así los motivos de la celebración: *Memoria de santa Cecilia, virgen y mártir, que, según la tradición, consiguió la doble palma por amor a Jesucristo, en el cementerio de Calixto, en la vía Apia de Roma. El título de una iglesia en el Transtíber lleva desde antiguo su nombre.* Pues bien, el martirio cabe situarlo entorno al año 250, y la *Passio* correspondiente, enriquecida ampliamente con episodios legendarios, es posterior al año 488, y tuvo una gran difusión. Su contenido esencial podría resumirse así:

Cecilia, noble y rica, iba todos los días a la Misa celebrada por el Papa Urbano en las catacumbas próximas a la Vía Apia, y una multitud de pobres la esperaban porque conocían su generosidad. En el día de su boda con Valeriano, mientras el órgano tocaba, ella «cantaba en su corazón solamente para el Señor» (de este pasaje de su Pasión tuvo origen el patrocinio de Cecilia sobre la música sagrada); después, llegada la noche, la joven le dijo a Valeriano: “Ninguna mano profana puede tocarme, porque un ángel me protege. Si tú me respetas, él te amará, como me ama a mí”.

Al contrariado esposo no le quedó otro remedio que seguir el consejo de Cecilia, hacerse instruir y bautizar por el Papa Urbano y después compartir el mismo ideal de pureza de la esposa, recibiendo en recompensa su misma gloria: la palma del martirio, al que por gracia divina se asoció también el hermano de Valeriano, Tiburcio.

Representación artística de la vida de Santa Cecilia



Una versión artística de la misma nos la ofrece el llamado precisamente «Maestro de Santa Cecilia», en esta tabla gótica -ca. 1304- perteneciente a la Galería de los Uffizzi, en Florencia.

Santa Cecilia ocupa la sede central, en cada uno de los lados hay cuatro viñetas; han de contemplarse primero las del lado izquierdo y luego las del derecho, y en ambos grupos el orden es horizontal. Representan respectivamente: 1. El

banquete de bodas de Valeriano y Cecilia. 2. Llegada la noche Cecilia convierte a Valeriano y le comunica su decisión de mantenerse virgen. 3. Un ángel corona a Valeriano. 4. Cecilia catequiza a Valeriano y a su hermano Tiburcio. Ya en el lado derecho contemplamos: 5. El bautismo de Tiburcio; 6. Cecilia evangeliza al pueblo. 7. Proceso ante el juez, y 8 martirio de Cecilia.

El verdadero «canto» de Santa Cecilia, al que hemos de asociarnos

El verdadero «canto» de santa Cecilia, al margen de su habilidad o no para el manejo de los instrumentos musicales, es el que describe San Agustín en el Oficio de Lectura de su conmemoración: Cantadle un cántico nuevo, cantadle con maestría. Cada uno se pregunta cómo cantará a Dios. Cántale, pero hazlo bien. Él no admite un canto que ofenda sus oídos. Cantad bien, hermanos. Si se te pide que cantes para agradar a alguien entendido en música, no te atreverás a cantarle sin la debida preparación musical, por temor a desagradarle, ya que él, como perito en la materia, descubrirá unos defectos que pasarían desapercibidos a otro cualquiera. ¿Quién, pues, se prestará a cantar con maestría para Dios, que sabe juzgar del cantor, que sabe escuchar con oídos críticos? ¿Cuándo podrás prestarte a cantar con tanto arte y maestría que en nada desagrades a unos oídos tan perfectos?

Mas he aquí que él mismo te sugiere la manera cómo has de cantarle: no te preocupes por las palabras, como si éstas fuesen capaces de expresar lo que deleita a Dios. Canta

con júbilo. Éste es el canto que agrada a Dios, el que se hace con júbilo. ¿Qué quiere decir cantar con júbilo? Darse cuenta de que no podemos expresar con palabras lo que siente el corazón. En efecto, los que cantan, ya sea en la siega, ya en la vendimia o en algún otro trabajo intensivo, empiezan a cantar con palabras que manifiestan su alegría, pero luego es tan grande la alegría que los invade que, al no poder expresarla con palabras, prescinden de ellas y acaban en un simple sonido de júbilo.

El júbilo es un sonido que indica la incapacidad de expresar lo que siente el corazón. Y este modo de cantar es el más adecuado cuando se trata del Dios inefable. Porque, si es inefable, no puede ser traducido en palabras. Y, si no puedes traducirlo en palabras y, por otra parte, no te es lícito callar, lo único que puedes hacer es cantar con júbilo. De este modo, el corazón se alegra sin palabras y la inmensidad del gozo no se ve limitada por unos vocablos. Cantadle con maestría y con júbilo.